



BIBLIOTECA
DE AUTORES
MEXICANOS

43



Covarrubias

NOVELA

HISTORICA

PQ7297

.D5

A15

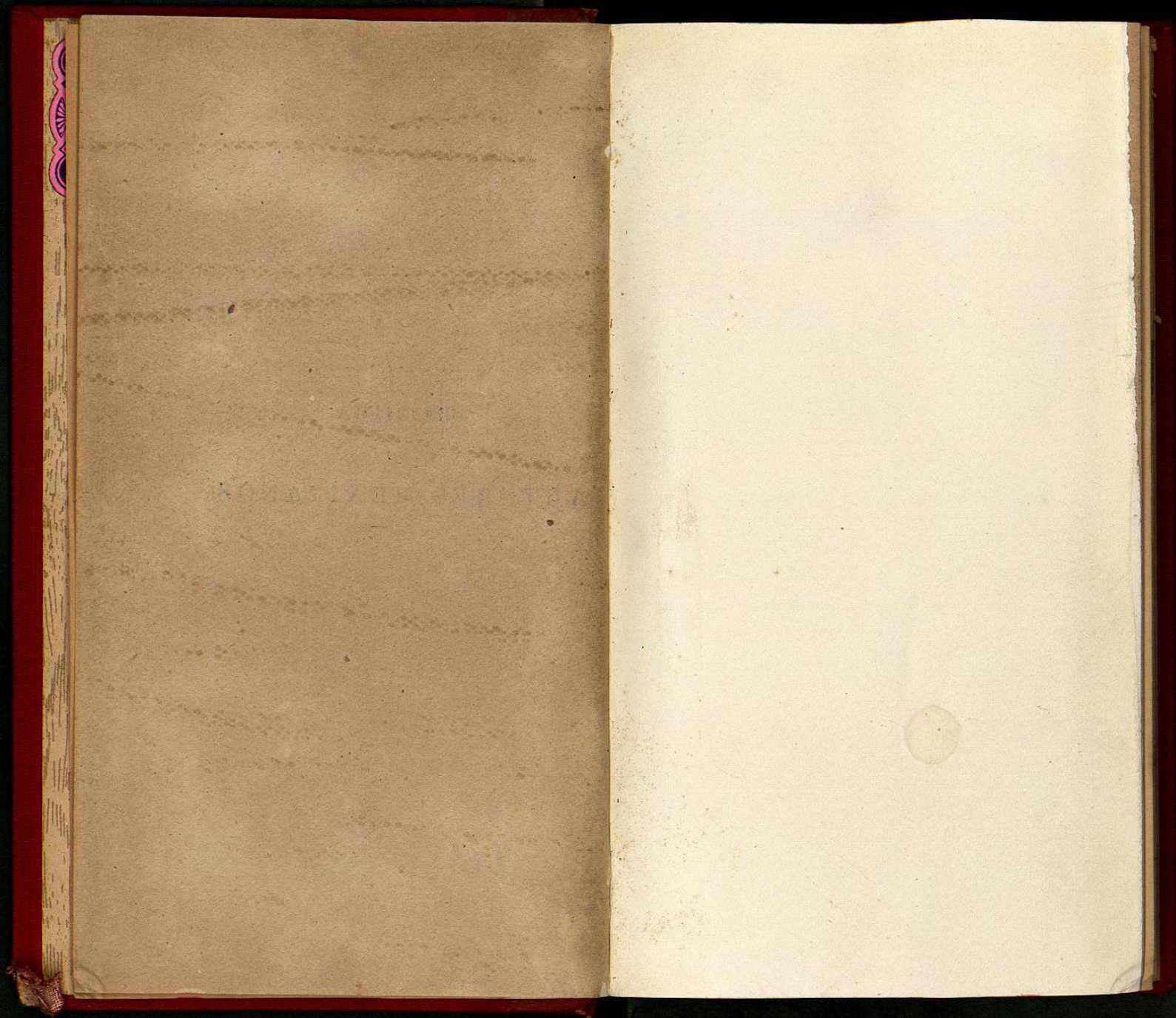
v. 1

R. C.



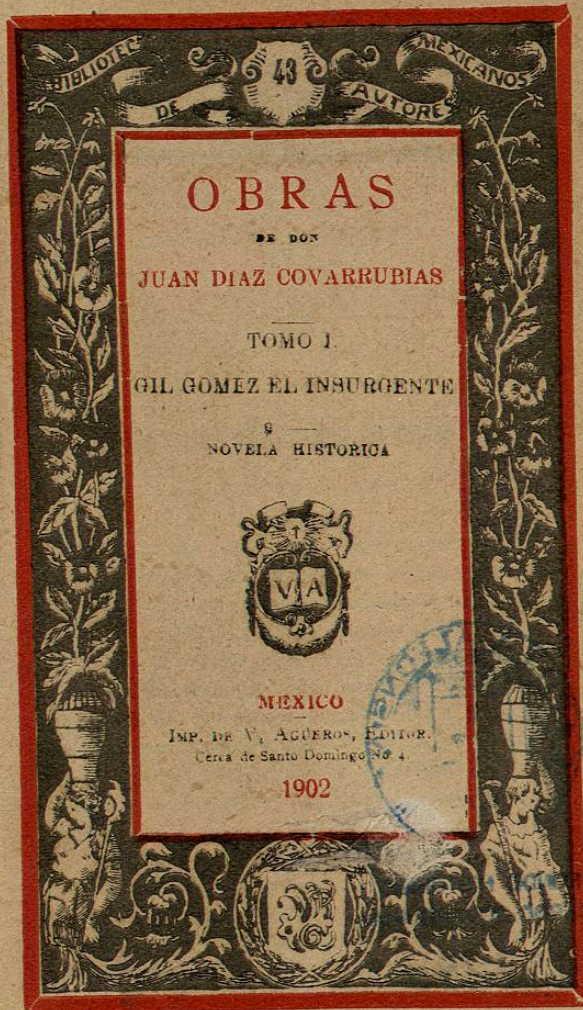
1080013804

BIBLIOTECA
DE
AUTORES MEXICANOS.





Juan Diaz Covarrubias



PQ. 7297
R. D. B. 10
A 15
V. 1



FONDO HISTORICO
R. CARDO COVARRUBIAS

155288



BIOGRAFIA DEL AUTOR.

I.

El nombre de este poeta evoca recuerdos tristes de aquella época aciaga de revoluciones en que los mexicanos no eran hermanos y pensaban nada más en acudir á los campos de batalla á ver correr la sangre y á combatir con un furor y un encarnizamiento que debfa haberse reservado para las cuestiones extranjeras; de aquella época en que la patria pasaba por un período de tremenda crisis, debido á esas divisiones que tantos males le causaron y que tanto desprestigio le trajeron.

Al número de víctimas sacrificadas en holocausto de las discordias civiles, pertenece Juan Díaz Covarrubias, que apenas en los albores de la existencia, cuando de la vida sólo había gustado algunos goces y ningunos sinsabores; cuando, aún frecuentaba las aulas escolares, olvidó como tan

tos otros los estudios, para lanzarse en medio de los partidos, afiliándose al que sus opiniones lo llamaban, y encontró la muerte en temprana edad, en fecha memorable de los anales de nuestras discordias.

En la poética y pequeña ciudad de Oriente, asentada en las faldas del Macuiltepetl, en la hermosa Xalapa, que ha dado al país bastantes hombres notables, vió la primera luz Díaz Covarrubias el 27 de diciembre de 1837. Fué su padre un poeta inspirado que también ha dejado en las letras patrias su nombre, por haberlas enriquecido con notables composiciones: Don José de Jesús Díaz, que legó al joven Juan no sólo su nombre, sino también su talento.

Niño precoz, según algunos biógrafos suyos, fué éste, que desde sus primeros años reveló su vocación por las letras y su afán por el estudio, en el que muy poco por cierto pudo ayudarlo el autor de sus días, pues falleció en 1846, cuando Díaz Covarrubias aún no cumplía los nueve años de edad. Golpe tan rudo no fué, sin embargo, obstáculo para que interrumpiese su apenas empezado aprendizaje, lo que determinaron á la viuda de D. José de Jesús, trasladarse á México en 1849, para que su hijo emprendiera más formales estudios.

Al año siguiente ingresó al Colegio de San Juan de Letrán donde hizo estos con el aprovechamiento común á todo huérfano que, teniendo él mismo que abrirse paso en la sociedad por sus propios esfuerzos, desea estar cuanto antes en aptitud de emprender la lucha por la vida: llegada la

época de elegir carrera, se decidió por la de la Medicina, y en sus estudios profesionales demostró el mismo ardimiento que antes; sin embargo, los libros no eran ya su ocupación favorita: una romántica pasión desgraciada llenó de melancolía su corazón en aquella época en que más necesidad se tiene de él para vencer los obstáculos que se encuentran en la senda de la existencia. "La vida de Díaz Covarrubias, dice una biografía, durante sus últimos cinco años, fué triste, amarga, desconsoladora." La muerte de su señora madre, ocurrida por entonces, acabó de llenarle de amargura, y esta serie de sinsabores y desventuras, acaso fueron la causa de la muerte prematura y trágica que tuvo.

II.

La revolución llamada de tres años ardía de uno á otro confín de la República, asumiendo de día en día un carácter verdaderamente feroz y horrible: el sistema de sangrientas represalias inauguradas por Zuazúa en Zacatecas, había tenido presto imitadores y el vencido que no había podido sucumbir en el momento de la lucha, caía después de ella, sobre el mismo campo de batalla, con el pecho atravesado, víctima de ese bárbaro sistema. En vano la sociedad horrorizada protestaba contra él y clamaba porque hubiera clemencia para los vencidos; los partidos no cedían y cada día se levantaban nuevos cadalsos.

Dominaba en la capital el gobierno llamado conservador ó reaccionario, y la guarnición de la plaza hallábase muy mermada á causa de haber sacado el Presidente Miramón las mejores tropas que en ella había para llevarlas á sitiar Veracruz, (1859) donde D. Benito Juárez, con los elementos liberales de que disponía, se encontraba: Don Santos Degollado, tan hábil para levantar ejércitos y para idear planes, como desgraciado para realizarlos, sabedor del estado que guardaba México, y queriendo, por otra parte, distraer á Miramón de Veracruz para salvar á Juárez, cuya situación era comprometida, organizó rápidamente una división en Morelia y Guanajuato, y en unión de Blanco, de Quiroga, de Zaragoza, de Pueblita y de otros jefes liberales, marchó rápidamente sobre México: en vano pretendieron los generales Mejía y Callejo detenerlo en su camino; fueron batidos en Calamanda y tuvieron que conformarse con seguir de lejos al ejército liberal: Don Leonardo Márquez, á su vez, salió con una división de Guadalajara en auxilio de México, y tales movimientos dieron á ambos partidos la seguridad de que en la ciudad ó en sus cercanías, se libraría una gran batalla.

En ella, la Capital sería del más activo ó del más afortunado; no tuvo ninguna de ambas cualidades Degollado que, no obstante haber llegado el primero á las lomas de Tacubaya, dejó pasar muchos días sin atacar la plaza, dando así tiempo á que llegasen á ésta Márquez, Mejía, Callejo y otros jefes, que con sus fuerzas reunidas á las escasas que había en México, decidieron to-

mar la ofensiva y atacar á los liberales en sus cuarteles.

Durante los días de la inacción de Degollado, pasaron á su campo muchas personas de ideas liberales, entre las que se contaron algunos jóvenes que acaso se decidieron entonces á empuñar de una vez las armas en defensa de sus opiniones, siguiendo el ejemplo de Portugal que no obstante ser un médico muy joven, ya tenía un grado en las filas del ejército de Degollado. Uno de esos jóvenes entusiastas é irreflexivos, que no midieron las consecuencias del paso que daban, fué Juan Díaz Covarrubias, que permaneció más de quince días entre la división liberal, en Tacubaya.

Al fin se dió la batalla; el 10 de abril en la tarde las fuerzas conservadoras empezaron á batir las posiciones de sus contrarios, y al rayar el alba del día siguiente, se empeñó la batalla: á eso de las diez de la mañana la Casa Mata, Chapultepec, el Molino de Valdés y el Arzobispado de Tacubaya, caían en poder de las tropas de Márquez, y las columnas liberales emprendían tan veloz retirada, que Degollado tuvo hasta que abandonar sus equipajes y su uniforme.

Aquel día negro de la batalla, terminó con una hecatombe: en las afueras de Tacubaya, casi enfrente de la pequeña capilla de San Pedro de los Pinos, morían fusilados dieciséis de los prisioneros que había hecho durante la jornada el ejército conservador; entre ellos, el General Don Marcial Lazcano, el Lic. Don Agustín Jáuregui, el médico Portugal, á quien ya hemos citado; varios

otros médicos y el estudiante poeta Juan Díaz Covarrubias.

¿Por qué murió también él? Misterios de la fatalidad y enigma de la historia, que acaso nunca llegue á descifrarse: la mala estrella del joven lo llevó á vivir y tal vez á alistarse en las filas del ejército liberal; y en la confusión de la derrota probablemente no pudo ser identificado debidamente; acaso su entusiasmo por sus ideales políticos, unido á la honda tristeza que lo embargaba y á la desesperación que le causara la derrota de los suyos, le hizo buscar la muerte, atribuyéndose un grado imaginario ó que no tenía. Cuando haya más datos para escribir esa página de la historia, la responsabilidad del fusilamiento de médicos y paisanos se hará recaer, sin duda, sobre las manos secundarias encargadas de cumplimentar la orden dada por Miramón y transmitida por Márquez. Hacemos esta afirmación, porque un pariente del que esto escribe, se encontró en aquella acción; pertenecía á las fuerzas que desde Guadalajara trajo Márquez, y habiendo quedado herido en el campo de batalla, estuvo á punto de ser fusilado, por haber sido confundido con los oficiales liberales, por el encargado de las ejecuciones.

El cadáver de Díaz Covarrubias, así como los de los demás ejecutados, fué enterrado entre las sombras de la noche, en el humilde cementerio de San Pedro, y hoy, en el lugar de la ejecución, se levanta un sencillo monumento.

Muy joven empezó á escribir versos, y el medio en que vivía lo llevó á afiliarse en la escuela romántica que predominaba entonces en nuestro país; D. Ignacio Altamirano, que tuvo ocasión de conocerlo mejor que nosotros por haber sido su contemporáneo, decía de él:

“El carácter literario del joven martir de Tacubaya, es bien conocido para que nos detengamos á analizarle. Aquella vaga tristeza, que no parecía sino el sentimiento agorero de su trágica y prematura muerte; aquella inquietud de un alma que no cabía en su estrecho límite humano; aquella sublección instintiva contra una sociedad viciosa que al fin había de acabar por sacrificarle; aquella sibila de dolor que se agitaba en su espíritu, pronunciando quién sabe qué oráculos siniestros; aquella pasión ardiente y vigorosa que se desbordaba como lava encendida de su corazón: he aquí la poesía de Juan Díaz Covarrubias, he aquí sus novelas. Hay en su estilo y en la expresión de sus dolores precoces, grande analogía entre este joven y Fernando Orozco. Hay en sus infortunios quiméricos como un presentimiento de su horrible martirio, y por eso, lo que entonces parecía exagerado, lo que entonces parecía producción de una escuela enfermiza y loca, hoy nos parece justificado completamente.

“Juan Díaz, como Florencio del Castillo, amaba al pueblo, pues se sacrificó por él; tenía una bondad inmensa, un corazón de niño y una imaginación volcánica, y todo esto se refleja en sus versos y en sus novelas, en cuya lectura cree uno ver á uno de sus proscritos de la sociedad, que arrastran penosamente una vida de miseria y de lágrimas, y no á un joven estudiante de porvenir, bien recibido en la sociedad, y llevando una vida cómoda y agradable, como realmente era.

“En sus versos, Díaz habla de sus desdichas como Gilberto, como Rodríguez Galván y como Abigail Lozano. En sus novelas es dolorido y triste, como un desterrado ó como un paria. El número de la muerte le inspiraba, y todas estas quejas eran exhaladas con anticipación, para ir á morir repentinamente y en silencio, en el Gólgota de Tacubaya.”

El mismo Díaz Covarrubias, al hablar de sus poesías, decía á D. José Zorrilla, á quien dedicó una compilación de algunas de ellas.

“Bien sé que ya son muy pocos los que leen versos; y bien sé que en los míos no hay una ideología razonada, un fin marcado, una escuela dominante al menos, porque ellos no son más que reflejos de impresiones sentidas, y no sé qué extraña fatalidad me ha acompañado en mi carrera literaria. Mis primeras composiciones veían la luz pública en los días en que la tormenta revolucionaria rugía desencadenada en nuestra patria y yo tenía que hacer oír mi débil voz entre la gritería tumultuaria de los partidos; mis novelas se publicaban en los días en que mi madre, la

madre de mi alma, mi único é inolvidable amor, se moría, y en los que siguieran á su muerte; y este pequeño libro nace también bajo el influjo de tristes circunstancias. Por eso mis versos no son más que espejos de mi corazón, y pertenecen más bien á esa escuela, si así se puede llamar, de exageraciones y desvarío á que nos entregamos los que, sin comprender nuestra verdadera misión de poetas, nos limitamos á llorar nuestros propios y ficticios dolores, á lanzar gemidos de lastimera desesperación, renegando de una sociedad que en nuestro error creemos que nos ha perdido, á maldecir hasta á la naturaleza, como si ella fuese causa de los estravíos de la razón humana en ciertas organizaciones fácilmente impresionables en esa época de juventud en que sentimientos tan encontrados luchan en el corazón sin que el buen sentido y la prudencia los presidan.

“Pero, ¿qué quiere vd., amigo? ese es defecto más que de poetas, de hombres; además, yo nada pretendo, nada ambiciono con mis versos, y si alguna vez un periódico jocoso, por marcada predisposición contra mí, ha dicho lo contrario, intentando hacer creer que yo sólo anhelo fatigar los oídos de mis lectores, por orgullo y amor propio, ese periódico, ó ha querido ofenderme y ponerme en ridículo, ó no me ama ni me quiere comprender: ese periódico no sabe tal vez que yo en la literatura sólo veo una hermana que me ha dado ese consuelo de la confianza y de la expansión en horas muy aciagas de una vida consumida en la monotonía y el marasmo; pero en

general, de la prensa de México no he recibido más que favores que no merezco, favores que me enternecen hasta el llanto de la gratitud. Mi corazón es una tumba de recuerdos y de afecciones, y vd. sabe que retirado del torbellino del gran mundo, sin participar de las agitaciones políticas, sin aspirar el perfume de flores que le guarden sólo para mí, lejos de juveniles bacanales y devaneos, consagro todas mis horas á mis estudios médicos y literarios, y vivo con la vida de mi poesía."

Tal era la exageración del poeta, que cuando apenas tenía veintiún años, ya decía:

"Es mi pecho un sepulcro de recuerdos,
De sentimientos, de pasadas glorias,
De lánguidas tristísimas historias
Más vagas que la luz crepuscular."

Hablando de su nacimiento, se expresaba de esta manera:

"Fué una tarde lluviosa de diciembre
De esas tardes de bruma y de tristeza,
Que sin querer se inclina la cabeza
Cual se inclina fatídico sauz.
Espiraban las ondas en la playa
En compasado gemidor murmurio,
Y dicen que al mirar tan triste augurio
Lloró mucho mi madre al darme á luz."

Que la imaginación del poeta fué la que quiso forjar esta escena aunque no fuese verdad, se comprende si se reflexiona que Jalapa está á

bastante distancia del mar para que se puedan ver las olas. El medio en que entonces vivía la literatura entre nosotros fué el que, lo repetimos, imprimió á sus versos el tinte melancólico que tienen; así como la amistad de Zorrilla. También fué amigo de Luis G. Ortiz, Pantaleón Tovar, Francisco Granados Maldonado, Florencio M. del Castillo, José María Ramírez, Ignacio Sierra y Rosso, Francisco Zarco, Pablo J. Villaseñor, José H. González, etc., muchos de los cuales también cultivaron ese género de poesía.

Lenta, pero seguramente iba dándose á conocer en la sociedad Díaz Covarrubias, y echando las bases de una reputación que le habría permitido ocupar un lugar distinguido en la política en los días, que ya se aproximaban, que imperase su partido, si la muerte no le hubiera sorprendido en tan temprana edad. Tomó parte en el certamen que para el Himno Nacional abrió el Gobierno en 1855: á su composición, que fué aplaudida, le puso música el maestro Gavira, y posteriormente fué cantada en el teatro Nacional, por los artistas de la ópera italiana, la noche del 18 de octubre de 1855; al año siguiente, en el aniversario de la proclamación de la independencia, pronunció en el mismo teatro, en la ceremonia oficial, una hermosa poesía titulada "A la libertad," en la que más que á la independencia, como parecía natural, cantó á la república.

En 1857, reunió sus poesías en un pequeño volumen que tituló "Páginas del corazón," y que dedicó á Don José Zorrilla, á la sazón residente en México; al año siguiente publicó sus novelas,

tituladas "Gil Gómez, el insurgente," "El Diabolo en México," "La clase media" y "La Sensitiva;" además, con el título de "Impresiones y sentimientos," compiló bastantes artículos de costumbres y escenas mexicanas. El año mismo de su muerte hizo la edición completa de sus obras, por lo que es de creerse que si algunas inéditas dejó, serían muy pocas.

Aunque sus obras en prosa no sean un modelo, ni mucho menos, se advierte ya en ellas el adelanto relativo que en México habían tenido las bellas letras y el cultivo de la novela, en la que, andando el tiempo, habría producido algo digno de llamar la atención. No obstante que su trágica muerte contribuyó en gran manera á darle celebridad y á hacerlo conocer como poeta y escritor, de no ocurrir ese fatal suceso, hubiera llegado por solos esfuerzos á hacer su nombre distinguido en la república de las letras, como lo consiguió su amigo, el poeta Luis G. Ortiz, que en 1859 se encontraba á la misma altura que Juan Díaz Covarrubias.

México, noviembre de 1902.

ALEJANDRO VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.

GIL GOMEZ

EL INSURGENTE.